

Seudónimo: Jean Velasco

Título de obra: Néctar

Modalidad: Relato Corto (Residente en el Distrito de Retiro)



Es mentira, lo que dicen sobre la polinización, que los esclavos no se dan cuenta de su esclavitud mientras la viven. ¿Cómo no vamos a notar las espinas, el calor y el vértigo que aumentan con la altura, el raspado constante de la sed? Mientras escalamos la gigante red emparrada, el sonido de agua nos persigue, goteando dentro de la estructura para hidratar las vides, pero no a nosotros. Cargamos unas botellas en las espaldas junto con el resto del equipamiento, que pesa mucho. En este mundo invernadero, todo pesa, hasta el aire. Es por el cristal curvado que cubre el cielo. Aunque esté muy arriba, los contaminantes se quedan atrapados, como nosotros; los polinizadores.

No me acuerdo de mi vida de antes. Nadie se acuerda, ni siquiera Yasmín, a la que llaman la más avispada de la colmena. Un día le pregunto sobre sus orígenes en el comedor.

—Solo existe el mientras —dice sin mirarme bien—. Arriba; luz. Abajo; oscuridad. Esto es todo.

Si hay pocas palabras para describir el tiempo, la distancia es incluso más difícil de cuantificar. A pesar de las marañas de plantas trepantes, el esqueleto de la red siempre está mutando. En las zonas menos densas, se ve como se estira y se dobla, girando y rodando por hendiduras profundas en el suelo. Cubre una extensión inimaginable, y en vertical, se tarda un día entero en subir.

Es evidente que soy nueva. Todavía tengo miedo a caerme, por lo cual, acabo vacilando, deslizándome a menudo, mientras mis colegas trepan más rápido. Con los guantes, se me arrugan las yemas de los dedos, y casi siempre me los acabo quitando. Ojalá pudiera hacer lo mismo con las gafas. Dicen que una se acostumbra, y con el tiempo, se pierde la capacidad de ver sin ellas. La idea no me gusta, pero no evito usarlas, son útiles. Reflejan el sol por fuera, y por dentro, magnifican la anatomía de las plantas y proporcionan datos sobre polen, insecticidas, y humedad. En cuanto al trabajo, consiste en librar las vides de bichos, quitar la suciedad de las hojas mutantes, y rozar las flores con el polvorín dorado, usando varas muy finas. Los insectos son clasificados y guardados en tubos para entregar al laboratorio.

Por desgracia, las gafas no tienen linterna, para que trabajemos más rápido. Si tardamos demasiado en escalar la cuadra asignada, hay que bajar a oscuras.

Hoy me siento débil, pero aprieto el paso para no quedarme sin néctar, como me pasó anoche, por llegar tarde al comedor. Con las prisas, elijo mal dónde colocar las manos, y una espina larga me pincha la palma. No me atrevo a soltar el enrejado, porque de repente, todo se mueve. Las cuadras se colapsan como rombos, haciéndose más estrechas, hasta que tenemos que trepar aplastados. Veo a los demás desatar los tubos de sus espaldas, para llevarlos colgados de lado. Debería hacer lo mismo, pero en ese momento me cae una liana, y se me queda enganchada en el pelo. No la consigo quitar,

entonces sigo escalando, arrastrándola detrás. Cuando la red empieza a abrirse de nuevo, la liana me tira hacia el otro lado de la brecha. Al final, me tengo que arrancar una mecha para librarme.

Esta noche, pediré que me rapen la cabeza, como la mayoría de mis colegas lo llevan. Ya no recuerdo por qué quería conservar esta melena; el bermejo no sirve de nada aquí.

El tiempo tiene que estar pasando, porque los guantes molestan cada vez menos, y me noto algo más fuerte en los brazos. Sin embargo, los uniformes me siguen pareciendo feos. Son monos grises, más oscuros en las axilas y la espalda, y claras en las rodilleras, de tanto roce. A veces usamos trozos de sabanas para hacer parches, bandanas, y mascarillas para cuando la contaminación llegar a ser inaguantable. De sabanas en sí, tenemos poca necesidad. En los búnkeres nos asamos como cerdos. No sé de dónde me viene esta expresión. Dicen que hablo raro, entonces procuro no hablar.

Por mucha mascarilla y manga larga, aún acabo cubierta de rasguños. No hay espejos en los vestuarios, pero basta con ver el aspecto de mis colegas para imaginar cómo tengo la cara. La nitidez de las gafas es molesta. De vez en cuando, me las quito, y el paisaje se suaviza, hasta casi lo considero bonito, sobre todo desde arriba, en la cima. Más allá del verde de los emparrados, hay un terreno grisáceo, ondulado por excavaciones. Luego, el cristal de la campana, a través del que se ve el perfil difuso de la ciudad a la que alimentamos, como un ejército erguido de rectángulos morados. Si la ciudad es magnífica, o devastada, rica o pobre, lo ignoro, aunque imagino que es todas esas cosas.

Si queda luz, procuro fortalecer los ojos, quitando las gafas e intentando fijar la vista en edificios cada vez más lejos. A no ser que Z esté cerca. Entonces acabo observándola a ella.

Como es de otra escuadra, nunca hemos hablado. Solo la reconozco porque soy la última de mi fila, y ella es la primera de la suya. Por lo tanto, nuestras rutas convergen, a veces, dependiendo de una planificación que muchos dicen es aleatoria, aunque yo no lo crea. Me gustaría saber qué opinaría Z.

Esta mujer nunca parece cansarse. A contraluz, su silueta se mueve como una elegante criatura del mar, seguida por sus trenzas, que parecen flotar por el aire espeso. Ella nunca acabará enganchada con lianas, ni le pincharán las espinas. Casi siempre es la primera en llegar a la cima, donde disfruta de la vista sin prisa. Además de hábil, es simpática. Anima a los otros trabajadores con silbidos y saludándoles con la mano. Si se dirige a mí, devuelvo estos gestos, pero con tanta timidez que igual no se ve.

Abajo, nunca consigo acercarme a Z lo suficiente como para verla en color. Su escuadra se desinfecta y se alimenta en otra zona, en otro horario. Por la noche, los monitores patrullan por los búnkeres, manteniendo la segregación. Una precaución contra enfermedades, o motines, como si alguien lo intentara.

Entre escalar y comer, siempre hay que conservar el aire. Pero un día, al despertar, abro la boca más de lo habitual para quejarme del bochorno. El bunker huele a agotamiento; es sofocante. Respiro mal y me siento abúlica.

Mis colegas me preguntan qué significaban esas palabras, y cuando se las explico, quieren saber en comparación con qué. Aquí, nadie sabe de dónde es, pero es evidente que yo soy diferente. Tengo vocabulario para cosas que no están. Cuando pienso en Z, sus trenzas me recuerdan a tentáculos, pero en este mundo campestre, no hay mar. Tampoco hay estaciones. No tengo claro qué o cómo son, solo que alguna vez leí de su existencia, y ahora, la constancia de la atmosfera me inquieta. Comento la preocupación a Yasmín, y se queda con la cara muy grave.

—Pues de muy lejos te tienes que haber caído para acabar aquí —me dice—. No se lo cuentes a nadie.

—¿Que no cuente qué?

—Que puedes leer.

A pesar de la dureza de las condiciones, los otros polinizadores parecen despreocupados; a veces cantan, e incluso algunos se han acostado. Lo primero está prohibido, entonces no lo hacen en voz muy alta. En cuanto a las relaciones, que aumentan la humedad de los búnkeres, son toleradas siempre que sean entre miembros de la misma escuadra, que siempre lo son. Supongo que es una forma de dejarles aplacarse, además del néctar con el que nos premian al final de cada jornada. Somos así de fáciles de sosegar. Nadie se rebela más allá de un tarareo disimulado por el ruido de la ducha. No sé cómo los monitores reaccionarían si alguien les desobedeciera de verdad. Con una descarga eléctrica, supongo, de las armas que llevan en los cinturones, y cruzadas por las espaldas.

Desde el golpe de la liana, duermo mal. Últimamente, me despierto muy pronto, con el zumbido de los generadores encendiéndose. En las tinieblas, imágenes insólitas dan vueltas en mi cabeza. Fantaseo con el roce de aire soplando la piel; sé que se llama brisa. Se me antoja comida de más de una sola textura, que estoy segura de que existe. Me parece mala suerte echar de menos tantas cosas, sin tener recuerdo de ellas.

—*De muy lejos te tienes que haber caído.*

Más que de dónde, me pregunto por qué, e intuyo que tiene que ver con Z. No ella, precisamente, sino lo que me sucede cuando la veo. Me abrumba una culpabilidad extraña que no corresponde a este mundo, como el mal cuerpo que sentimos después de una pesadilla.

A veces, en el comedor, me entran ganas de saltar la barrera entre zonas. Mientras como, ubico las cámaras del techo, las puertas más o menos blindadas. Observo a los monitores, desde sus botas cortafuegos hasta sus visores opacos, evaluando si podría con ellos. Lo sopeso, y me digo que no.

Desde hace poco, adiviné el patrón de las rutas de polinización, así que sabía que hoy iba a ver a Z, lo cual me daba mucha ilusión. Ahora, estoy en la cima, y como calculé, está cerca, a dos cuerdas. Sin embargo, no me saluda, y la decepción convierte mi corazón en una piedra que se hunde, como yo me hundiría si fuera a soltar la red. No lo hago. Tampoco me animo a disfrutar las vistas, pero mientras redistribuyo los tubos en preparación para el descenso, un silbido me llama la atención, y algo brillante me ciega. Viene de donde está ella. No veo bien por el segundo destello que se apaga y vuelve a brillar. Es el reflejo del sol en sus gafas, de una manera que no puede ser casualidad.

No sé qué significa, pero respondo como puedo, manejando mis gafas para captar la luz que atraviesa el cristal. Es complicado, y no sé qué ve ella, pero nos quedamos así un rato, intercambiando señales sin sentido hasta la puesta del sol. El paisaje, bañado en esta luz dorada, me resulta más bello que nunca, y comunicarme con Z me llena de un optimismo que tardo en reconocer como tal. Da lástima tener que volver al suelo.

Abajo, en el comedor, las bombillas fluorescentes están apagadas, pero por el ruido parece que han llamado a todas las escuadras a la vez. Me pregunto si ha habido un error de programación. No deberíamos ser tantas personas en un sitio cerrado. Cada grupo se pega a sí mismo, oliendo a desinfectante, intentando averiguar qué pasa. El altavoz aún confunde más. Anuncia que, por el alto rendimiento de la temporada, vamos a recibir un premio.

Un murmullo ondea por el comedor. No sabemos nada de temporadas, ni objetivos. Escrujiño los visores lisos de los monitores; son indescifrables. Sin embargo, su postura delata inseguridad. Apoyan las manos en las armas, o sujetan los auriculares. La megafonía no explica nada más.

Las patrullas deberían recibir una señal, pero hacen justo lo contrario de lo esperado. Se dan la vuelta y se marchan, dejando la puerta abierta. El comedor respira, y cuando se encienden todas las luces, dejamos de hacer preguntas. Donde normalmente recogemos las raciones de los baños maría, ahora hay docenas de barriles. La excitación se transmite por el aire.

«Aún están las cámaras», pienso, pero no me atrevo a hablar. Yo también quiero disfrutar de este descuido tan deliberado. Será un experimento, estoy segura, aunque no me hago idea de para qué. ¿Quieren ver si peleamos, o intentamos escapar?

En ese caso, les decepcionaríamos. La colmena está nerviosa, y la desconfianza nos hace vacilar. Mientras tanto, el calor sube, agudizando la sed. Aunque las puertas están abiertas, somos muchos, y es la hora de cenar. Poco a poco, nos acercamos al néctar.

Está muy frío, más viscoso de lo habitual. Primero, lo compartimos entre las escuadras, pero éstas van deshaciéndose en seguida. Falta poco para cruzar las líneas que demarcan las zonas, para mezclar gente de varios grupos. No soy la única que guarda un flechazo secreto.

Mientras busco a Z en la multitud, dos chicos de la escuadra F se ponen a tamborilear los barriles. Los G y unas H empiezan a cantar. Supongo que esto se llamaría fiesta.

No es difícil ubicarla. Me bamboleo un poco, hacia la esquina donde Z se inclina en una mesa con algunas amigas. Cuando me ve, se aparta del grupo. Tiene el cuello del uniforme roto a posta, luciendo clavículas, escote. Con los labios hinchados por el néctar, vacía su vaso y se deshace de él. Sus ojos ámbar me llaman.

—Soy Zahara —me dice, —y tú debes de ser Yvette.

Nos escabullimos sin que nadie se dé cuenta. Le persigo por los pasillos entre búnkeres, camino a las vides, donde ella se separa, adentrándose en la red. Sigo el sonido de sus pisadas, entre los soportes, las vallas, las paredes frondosas. El suelo está barroso, probablemente por alguna gotera. Casi tropiezo varias veces con las tuberías y los carriles por los que ruedan los enrejados. Aun así, el esfuerzo de correr me es placentero, no tan duro como escalar, y me siento ligera sin la carga del equipamiento y las gafas. Me gustaría seguir, hasta mucho, mucho más lejos. Pero ya no oigo los pasos de Zahara. Me paro, jadeando un poco, para averiguar dónde estoy.

Aunque nunca he podido diferenciar bien las innumerables cuadras, sé que nunca he estado en esta. La tierra es firme, con parches de césped, y hay menos mecánica. El ruido blanco de generadores está lejísimos y la fiesta parece que fue un sueño. Aquí, ahora, solo escucho latidos, los míos, y la respiración de dos personas. La de ella se aproxima, seguida por una silueta que sale de las sombras. Me coge, con dedos fuertes que no veo. Zahara huele a sudor limpio, a cuerpo sano, y me arrastra hacia ella.

Nos despertamos en el suelo, húmedas y enroscadas. La alarma del amanecer está sonando, un ruido artificial que permea el casi frescor de la mañana, abrumándonos con la cruel realidad; que no hay dónde huir. La esclavitud me duele de una forma nueva; no provocada por sufrimiento, sino por haber saboreado, durante muy poco tiempo, algo semejante a la libertad.

Deberíamos volver. Pero ella no se mueve, y cuando intento estirarme, no puedo ni girar la cabeza ni abrir los ojos. Sin susto, me percató. El ámbar de los suyos estará también apagado, y la humedad en nuestros cuerpos es rocío, no sudor.

Ahora, desde el otro lado del cristal, vemos todo. El antes, el mientras, el porvenir.

La matanza fue silenciosa durante la noche. Abajo, los monitores recogen nuestros cadáveres. Por el veneno del néctar, ya se están pudriendo y no valen para abono, entonces son cargados al carril que lleva a la zona gris, donde los incineradores los convierten en fuel. Incluso en la muerte, no dejamos de ser productivos. Cuando arranquen los generadores mañana, la nueva colmena ya estará instalada, equipada con nuestras gafas, y cerebros recién lavados.

